
Atarraya

Nuestras historias



Prospecto, noviembre-diciembre de 2019

ATARRAYA. Nuestras historias.
Editada por Atarraya. Historia Política y Social Iberoamericana,
con domicilio virtual en: <https://atarrayahistoria.com> y <https://blogatarraya.com>,
y correo electrónico: atarraya3@gmail.com.

Todas las obras visuales y escritas que se incluyen en este prospecto fueron publicadas originalmente en el Blog Atarraya, en el periodo que aquí se consigna, con la debida autorización de sus creadoras/creadores, y se recuperan en este formato para su preservación, con fines divulgativos y sin afán de lucro.

Todas las obras escritas son sometidas a dictamen. El contenido de las colaboraciones visuales y escritas es responsabilidad de las/los autoras/es, creadoras/es que las suscriben, quienes dan fe de ser originales y propias y que han autorizado su publicación con fines divulgativos y sin afán de lucro. Todos los derechos de autoría y reproducción pertenecen a las y los autoras/es, creadoras/es.

Coordinación general

Fausta Gantús y Alicia Salmerón

Equipo Editorial

María Jesús Benites, Francisco Javier Delgado, Ivett García

Florencia Gutiérrez, Matilde Souto Mantecón

Comunicación y envío de colaboraciones:

atarraya3@gmail.com

PRENSA Y ELECCIONES

FORMAS DE HACER POLÍTICA EN EL MÉXICO DEL SIGLO XIX

Fausta Gantús
Alicia Salmerón
coordinadoras

PRENSA Y ELECCIONES

FORMAS DE HACER POLÍTICA EN EL MÉXICO DEL SIGLO XIX

Fausta Gantús
Alicia Salmerón
coordinadoras

ECCIONES
POLÍTICA EN
SIGLO XIX

historia
política

Acceso libre en:
<https://zenodo.org/records/12037767>

historia
política

Contenido del prospecto

José Landa, Sin título p5

Espacio público y elecciones, Campeche 1850-1910 p6
por Ivett García

El legado del mundo contemporáneo: una herencia desencantadora p8
por Yulisa Villalón

Historia global, historia conectada I y II p10
por Matilde Souto

"Son como dioses de esta tierra {...}" Apuntes para el estudio del
gobierno local en Nueva España, Siglo XVII (I) p14
por Rodrigo Gordoa de la Huerta

Infancias argentinas p16
por Florencia Gutiérrez

Drácula, puentes con la historia p18
por Fausta Gantús



José Landa, DR ©
Sin título
Campeche, 1997

Espacio público y elecciones

Campeche 1850-1910

Por Ivett García

Durante las campañas electorales y en los momentos posteriores a los comicios, los diferentes grupos políticos ocupan el espacio público, ya sea para mostrar su capacidad de movilización, celebrar su triunfo o expresar su inconformidad. Por habitual que hoy nos parezca, fue a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX que dichas prácticas tomaron forma. La pretensión de este texto es dar un esbozo de dicho proceso a partir de lo ocurrido en la ciudad de Campeche.

De acuerdo con la prensa local el 4 de julio de 1857 numerosos amigos fueron a recibir a Pedro Baranda, prominente político campechano, por la noche le organizaron una serenata alegre y concurrida, que recorrió las calles de la ciudad. Se trataba de un acto con obvios tintes políticos, sin embargo formalmente era más cercano a un evento particular, se presenta como una simple reunión de amigos, no como un acto de proselitismo.

Cuarenta y cinco años después el panorama había cambiado drásticamente. De acuerdo con el Semanario Unión y Progreso, el Círculo Liberal Campechano, realizó una concurrida asamblea el 15 de septiembre de 1902, en el teatro Francisco de Paula y Toro; posteriormente, los asistentes y numerosos simpatizantes formaron una columna que marchó por diversas calles para notificarle a José Castellot que había sido electo para contender por la gubernatura del estado de Campeche en las elecciones próximas. De acuerdo con el semanario se trató de “un hermoso e imponente espectáculo”, una multitud, compuesta por aproximadamente dos mil individuos, provenientes de todos los estratos sociales.

Si comparamos ambos eventos podemos notar que, en casi cincuenta años la utilización de las calles como escenario para mostrar la capacidad de movilización política cambió de forma y fondo. Al iniciar el siglo XX la ocupación de las calles por simpatizantes de un candidato era una práctica aceptada y reiterada. Por otro lado, la cantidad y la calidad de los asistentes, pasó de numerosos simpatizantes, al pueblo en general hasta llegar a la participación de los diferentes sectores de la sociedad, divididos según su ocupación, burócratas, militares, comerciantes, etcétera; es decir, se trata de una totalidad diferenciada e identificable como ciudadanos y por tanto con una capacidad legitimadora mucho más elaborada que

la simple mención del pueblo en general. Un mecanismo cercano al que más tarde dominaría el siglo XX, vía las confederaciones obreras y campesinas, los sindicatos y las cámaras empresariales.



El legado del mundo contemporáneo: una herencia desencantadora

por Yulisa Villalón

En la exposición temporal Restablecer Memorias que albergó el Museo Universitario de Arte Contemporáneo (MUAC-UNAM) entre los meses de abril y octubre de 2019, el artista chino Ai WeiWei nos ofrece un discurso provocativo cuyo eje, de manera irónica, es uno de los tópicos de mayor vigencia, y al mismo tiempo, una de las problemáticas de las que se rehúye con innegable frecuencia debido al grado de apatía que genera en el espectador: la ética.

Tres son las piezas principales de la muestra: un readymade del Salón ancestral de la familia Wang, una película documental y un conjunto de retratos construidos con piezas de Legos representando “a los 43”, en alusión al suceso mexicano de desaparición forzada de estudiantes (ocurrida en Ayotzinapa en 2014). En tan sólo cuatro paredes, la eclosión de una extensa dimensión de coordenadas espacio temporales -entre los siglos XVI y XVII hasta comienzos del siglo XXI- generan entre sí una disparidad altamente contrastante -características inconfundibles de las naciones china y mexicana, pero a final de cuentas, partes de una misma sociedad que se distingue por unas prominentes tasas de desigualdad en aumento, la sociedad global de nuestro tiempo.

En general, encontramos profundas discusiones como telón de fondo, las infinitas dialécticas: tradición y modernidad, Estado e individuo, pero sobretodo, entre memoria y olvido. De ahí que las protagonistas del relato histórico de WeiWei sean ideas en torno a la (re)construcción de la memoria social, la destrucción del patrimonio y la violencia sistemática ejercida por, y a través, de distintas instituciones. Ante el público, se manifiesta con fuerza una crítica que denuncia los abusos de las autoridades estatales, artísticas e intelectuales. Se deja al descubierto que los excesos se dan a cualquier nivel, en cualquier lugar y en todo momento. Una cultura que crea, también es capaz de destruir.

Sobre este escenario se enlazan las obras declamando al unísono su propio trauma, complementándose como las dos caras de una misma moneda. En principio, el Salón ancestral nos muestra la ruptura material del diálogo con las generaciones de antaño; el desprecio por una sociedad rural que merma las utopías revolucionarias, así como su infertilidad para crear nuevos horizontes; por último, la pérdida de modos artesanales de producción ante el dominio de la industria.

Por otra parte, el documental y los retratos conjuntos nos encaminan hacia una reflexión sobre un hecho fatal desde una perspectiva más íntima, en la cual la violencia emanada de la vieja organización política y social se descargó sobre los agentes más jóvenes. En ese sentido, hay una premisa común que lo impregna todo: frente a un sistema que se autodestruye, la memoria debe trascender. Sin embargo, el recuerdo como simple alusión está condenado a morir en la insignificancia; en la medida que arrojen luz sobre el comportamiento humano y lleven a la acción repercutirán en la conciencia, serán históricos.

De pie en medio de la sala, uno se instala en un vaivén entre un vestigio del pasado trágico y un símbolo hiriente del futuro. Se inicia el diálogo intergeneracional, que hoy en día, tanta falta nos hace. Y el joven, siendo aún un principiante, se da cuenta de su vulnerabilidad aparente en la transición de bienes del mundo que le han heredado. Si atentar contra su vida es amenazar el futuro, deberá luchar por el mundo que anhela y no por el que le han enseñado a anhelar. En una sociedad como ésta, el mayor acto de rebeldía es vivir. El artista ha logrado su objetivo.



Historia global, historia conectada

Por Matilde Souto

I

El proceso de globalización en el que hoy estamos inmersos, expresado de manera evidente por la comunicación prácticamente instantánea a nivel mundial gracias a la internet y la integración planetaria que han alcanzado los mercados, ha tenido un impacto enorme en la forma en la que hoy en día pensamos y tratamos de escribir historia. El mundo se ha globalizado y los historiadores se han hecho por lo menos tres preguntas básicas: la primera ¿qué es o qué implica la globalización?; la segunda ¿cómo y desde cuándo se produjo este proceso?, y la tercera ¿se puede concebir y escribir una historia global?. La cantidad de respuestas que han generado estas tres preguntas es enorme y crece día con día, pero vale la pena intentar abordarlas poco a poco y ofrecer una guía breve que tal vez resulte útil para los interesados en este enfoque revisionista de la historia. Abordemos primero la tercera pregunta.

La historia se consolidó como ciencia social al tiempo que se constituyeron los estados nacionales, de modo que el saber histórico se convirtió en un instrumento para construir la identidad nacional. A partir de ello la historia por autonomía es la historia nacional, la historia de nuestro propio país; la historia del resto de los países es la otra historia, la llamada historia universal. Una y otra historias se han estudiado por separado sin apenas ninguna relación. En el caso de la historia nacional, el país tal y como es en el presente, con su idioma oficial, sus dimensiones y el contorno de sus fronteras actuales, se proyectaba hacia el pasado como si se tratara de una esencia inmanente a través de los siglos. Por su parte, la historia universal se contaba dividiéndola en edades que eran expuestas a partir de modelos abstractos derivados de distintas partes del mundo encadenados entre sí como si se tratara de un único proceso progresivo. La historia de la antigüedad clásica se dedicaba a Grecia y Roma, la de la edad media al centro de Europa, el renacimiento a Italia y así sucesivamente, enfocando la mirada en la cultura occidental, considerada el motor de arrastre del proceso histórico y centro del resto del mundo devenido la periferia. Esta concepción de dos historias separadas contenida cada una en su propio estanco aislado, modeló un pensamiento histórico en el que la dinámica del proceso nacional se explicaba desde el interior de cada país y el universal en una sucesión lineal quebrada, concepción histórica que resultó insuficientes para dar cuenta del proceso de globalización que se hizo evidente al final del siglo XX. Los estancos separados de las historias nacional y universal impedían comprender ese proceso de globalización en el que la dinámica estaba producida por conexiones, contactos, relaciones, intercambios,

interdependencias entre distintas partes del mundo. Se hicieron necesarias nuevas formas de pensar la historia como un proceso que diera cuenta del orden sistémico que se fue imponiendo en el mundo.

Hay un consenso acerca del proceso globalizador que se ha verificado en el mundo, pero no lo hay en relación a cuándo comenzó ese proceso ni cómo debe ser estudiado históricamente. Esta última cuestión ha generado una cantidad considerable de enfoques, estrategias y métodos. Sebastian Conrad en su *Historia global. Una nueva visión para el mundo actual* (2016, traducido al español en 2017) ha logrado agruparlos en tres variantes: la historia global concebida como la historia de todo; la historia global entendida como la historia de las conexiones y la historia basada en el concepto de integración. Diego Olstein en *Pensar la historia globalmente* (2015, traducido al español en 2019) ha identificado doce ramas de esta nueva historia a partir de cuatro estrategias de pensamiento: comparar, conectar, conceptualizar y contextualizar. Lynn Hunt, *Writing History in the Global Era* (2014, sin traducción al español hasta donde tengo noticia) ha propuesto dos perspectivas de análisis con resultados distintos. Si la globalización se estudia desde arriba hacia abajo resulta un proceso que transforma cada parte del globo creando un sistema mundial, pero si se estudia de abajo hacia arriba se observa una serie de procesos en los que las historias de las distintas partes se conectan y se hacen interdependientes. Dos perspectivas distintas con resultados diferentes. La primera lleva la atención del historiador hacia la macrohistoria y pone el acento en la integración económica; la segunda, que mira el proceso de abajo hacia arriba, atiende a las interacciones personales y recupera los aspectos culturales.

Al final del día la forma de concebir y escribir una historia global dependerá de lo que entendamos por globalización, es decir, de la primera pregunta básica planteada al comienzo de estas líneas: ¿qué es o qué implica la globalización?, sobre lo que me parece hay dos posturas determinantes en función del énfasis que se ponga en la economía o en la cultura, pero que también dependen de lo que podemos llamar el enfoque geométrico o la metáfora espacial con la que analicemos los procesos históricos, asuntos que abordaremos en otras entradas de este blog.

II

En la primera parte, partí de la idea de que los historiadores se han hecho por lo menos tres preguntas básicas sobre la globalización: qué es; cómo y desde cuándo se produjo este proceso y si se puede concebir y escribir una historia global. En esa ocasión abordé la tercera pregunta, así que toca ahora tratar sobre las dos primeras cuestiones. Un primer paso para delinear algunas respuestas me parece que es distinguir entre globalización, historia de la globalización e historia global.

Dicho de manera muy simple, la globalización es el proceso en el que hoy estamos inmersos y cuyas expresiones más evidentes (que no las únicas) son la comunicación mundial gracias a la internet; los flujos monetarios y de capitales entre países; la convergencia de los precios en los mercados y las corrientes migratorias de pueblos enteros tratando de cruzar las fronteras en busca de trabajo o para salvar sus vidas amenazadas por la tremenda violencia política, ideológica y social en sus países de origen. Esta parece ser una noción de globalización comúnmente aceptada. De lo anterior se puede destacar que se trata de un proceso de interconectividad creciente que trasciende las fronteras nacionales. A partir de esta simple, muy simple definición de globalización, podemos establecer que la historia de la globalización es el estudio de cómo y desde cuándo se produjo este proceso. Pero las cosas se complican desde el momento en que se constata que la interconectividad es un rasgo necesario pero no suficiente, pues los contactos y conexiones entre pueblos y culturas prácticamente siempre han existido, luego entonces, para hablar de globalización se ha postulado que en algún momento esos entrelazamientos deben tener un impacto distinto que transforme los contextos que relaciona. Este fenómeno es el de la integración, un proceso de cambios estructurales que se ha pensado conducirá a la formación de un

sistema único a nivel mundial (Sebastian Conrad, *What is Global History?*, 2016). Esto plantea nuevos problemas. ¿Cuándo se comenzó a producir la integración? ¿cómo se realiza? Y quizá la cuestión más preocupante ¿es un proceso único e inevitable?.

Con la mente puesta en los procesos económicos, para algunos historiadores la globalización comenzó a producirse en el XVI, cuando la plata americana dinamizó el intercambio en los océanos Pacífico e Índico tanto como en el Atlántico (Dennis O. Flynn y Arturo Giráldez, "Los orígenes de la globalización en el siglo XVI", 2014); para otros

ocurrió desde el momento en que es cuantificable la integración de los mercados internacionales de productos básicos en el siglo XIX (Kevin O'Rourke y Jeffrey Williamson, "When did Globalization begin?", 2000). Pero para otros autores la globalización —como categoría analítica y como fenómeno histórico— es cuestionable (Frederick Cooper, "What is the Concept of Globalization Good for? An African Historian's Perspective", 2001), pues ni siquiera hoy en día se puede sostener que el

mundo todo esté inserto en el mismo proceso y mucho menos que el mundo se haya homogeneizado, cuando saltan a la vista las tremendas desigualdades políticas, económicas y sociales. No obstante, la globalización se ha convertido en un proceso que se piensa natural y hacia el que la historia debe desembocar ineludiblemente como otrora fue la Modernización, regresando a la idea de una historia lineal, teleológica y presentista.

Pero volvamos al punto de inicio y distingamos entre la globalización y su historia respecto de la historia global. Partamos de que esta es una perspectiva de análisis, una

forma de pensar en la historia, un enfoque en el que se ponen de relieve los contactos, las conexiones y los enlaces que siempre han existido entre pueblos y culturas distintas.

Relaciones de encuentros y desencuentros de naturalezas, texturas y signos muy diversos, que construyeron tanto como destruyeron y volvieron a construir. En esta forma de pensar la historia, la globalidad puede concebirse no necesariamente como un fenómeno de integración mundial, de globalización ineludible, sino como la toma de conciencia de la redondez del mundo (Serge Gruzinski, *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, 2004 en francés, publicado al español en 2011, y Sanjay Subrahmanyam, "Historicizing the Global, or Labouring for Invention", 2007), como un área de interés y no como un paradigma teórico (Marcel van der Linden, *Workers of the World. Essays toward a Global Labor History*, 2008, traducido al español en 2019). Con esta perspectiva histórica cobran importancia regiones del mundo antes olvidadas o subsumidas en otras, consideradas subalternas, periféricas, así que bienvenido sea el empoderamiento historiográfico que están alcanzando gracias a la historia global y de contactos. Nos toca desde aquí situar la historia de Latinoamérica y pensarla en conexión con otras partes del mundo, pero considerar caminos alternativos que no impliquen solo y necesariamente integrarla en función de la globalización actual.



"Son como dioses de esta tierra [...]"

Apuntes para el estudio del gobierno local en Nueva España, Siglo XVII (I)

por Rodrigo Gordoa de la Huerta

El 20 de octubre de 1687, el recaudador del derecho de alcabala, Gabriel Fernández, denunció ante la Audiencia de México al alcalde mayor de Tlalpujahua, Francisco de Bargas por haberlo agredido físicamente. De acuerdo con el litigio, el alcalde mayor y su hermano habían establecido un reino de terror bajo la investidura de representantes del rey. Era tal el grado de impunidad que los hermanos Bargas aseguraban de manera altanera que eran "[...] Dioses de la tierra y no había en todo el real quien no le[s] tuviere miedo." (AGN, Indiferente virreinal, Caja 6712, exp.58, f.1).

La denuncia señalaba a un gobierno local fraudulento en el cual, ante la lejanía de los tribunales reales asentados en la Ciudad de México, imperaban la violencia y la impunidad. El real minero distaba de ser una bucólica provincia del virreinato de Nueva España. En la boca de las minas el alcalde mayor extorsionaba a los trabajadores y a los escasos comerciantes de la localidad. Este pequeño reino de terror se extendió por cinco años. Para imponer su propia ley, Bargas contaba con un nutrido grupo de esclavos y criados mulatos e indígenas armados, quienes se encontraban al mando de su teniente Gaspar Ladrón de Guebara.

Esta localidad minera fue liberada del yugo de los Bargas Luján a partir de noviembre de 1687, cuando el fiscal de la Audiencia de México ordenó que se enviara un alguacil para aprehender a Bargas. Pese a las protestas del alcalde mayor y sus criados, Bargas y compañía fueron acreedores a una multa exorbitante: 2 mil ducados de plata (unos 2 750 pesos). Por su parte, Gaspar Ladrón fue condenado a pasar seis años en el morro de La Habana. A partir de la sentencia el alguacil y el recaudador de alcabalas se hicieron cargo del real minero hasta la llegada de un nuevo alcalde.

Al igual que otros documentos existentes en los archivos mexicanos y españoles, este caso es tan solo una muestra de los excesos y contravenciones perpetrados por los representantes locales del "gobierno de la justicia" en Nueva España. El estudio del gobierno provincial dentro de la Monarquía católica es una aproximación complementaria con otros campos de análisis como es el caso de la historia global. A partir del problema de escala (Giovanni Levi, "Un problema de escala", 2003) hay que dimensionar el gobierno imperial hispano desde su expresión mínima, es decir, desde

la óptica de aquellos que gobernaron los pueblos y villas americanos. Los estudios de grandes procesos puede ser ponderado con ejemplos microhistóricos o “estudios de caso”, los cuales revelan la profundidad de las prácticas sociales (Sergio T. Serrano Hernández, *La golosina del oro*, 2019), incluyendo las prácticas de gobierno en el antiguo régimen.

Estas notas preliminares son una invitación para emprender un análisis de distintos casos del panorama judicial y político de las provincias de Nueva España. Por medio de la observación de las formas cotidianas de gobernar se puede apreciar cómo se creó un imperio cuyas formas de gobierno, lejos de ser monolíticas, se adaptaban a las circunstancias locales (Martin Austin Nesvig, *Promiscuous Power*, 2018), a tal grado que se traslaparon con los intereses personales de los alcaldes mayores, aparentes “agentes del imperio”, que solían velar por sus intereses y -en ocasiones- por los “reales intereses de Su Majestad”.



Infancias argentinas

Lobato, Mirta, Infancias argentinas, Buenos Aires, Edhasa, 2019, 192 p.

Por Florencia Gutiérrez

Infancias argentinas es una invitación a repensar las muchas y diversas formas de concebir, representar y vivir la infancia. La apuesta por recuperarla en plural --presente en el título y desplegada a lo largo del libro-- supone distanciarla de toda noción homogénea o aspiración unívoca para restituirla su impronta diversa. Implica desandar la infancia en términos de construcción socio-cultural, es decir, pensarla en sus múltiples significados y atributos, así como en las disímiles experiencias de sus protagonistas. Por tanto, a lo largo de libro, podemos explorar cómo los discursos, imaginarios y dispositivos institucionales articulados en torno a los niños y niñas cambiaron a lo largo del tiempo y en función de los contextos espaciales pero también invita a preguntarnos por las experiencias de los infantes, vivencias indissociables de las cuestiones de clase, etnia y género.

Podríamos decir que estamos frente a un libro-caleidoscopio que, organizado en torno a 11 capítulos, nos devuelve las diversas y cambiantes imágenes y experiencias de la infancia en Argentina. Múltiples entradas y miradas ofrecidas por historiadores pero también por sociólogos, arquitectos, literatos y comunicadores sociales, quienes en sus intervenciones apelan a disímiles registros documentales. En la noción de caleidoscopio está presente el desafío de "recomponer un todo a partir de las partes", partes integradas por imágenes y palabras, partes que "con habilidad y paciencia" pueden ser encastradas y pensadas en su horizonte de totalidad. Las piezas son múltiples, las conexiones entre ellas variadas y las posibilidades de ensamblarlas se superponen.



En efecto, el libro se sostiene en una trama colectiva hilvanada por Mirta Lobato, quien enlaza la participación de 28 investigadores en una narrativa que articula lo textual y visual con el propósito de devolver al lector una “noción de infancia abierta, donde los niños y niñas y las imágenes que generan ponen en evidencia problemas sociales, culturales, económicos, políticos y estéticos”, como lo señala en la introducción. Las intervenciones cortas, el lenguaje claro, la conjunción de la narración visual y textual y la diagramación lúdica de los capítulos convierten al libro en un objeto destinado a una circulación y lectura amplia, generosa en términos de destinatarios y posibles lectores. Un libro para invitar a otros a sumarse a la aventura de pensar la niñez, para discutir, reflexionar pero también para emocionarse. Asimismo, es un texto útil para promover la escritura y la enseñanza de la historia de la infancia, un libro para llevar al aula. Y ese no es un mérito menor.

Un soporte clave de esta generosa y amplia invitación está dada por la forma en que el lenguaje visual y textual se anudan a lo largo de los capítulos. Así, los textos de los

especialistas se enlazan con poemas, cuentos y fragmentos de novelas pero también con fotografías, ilustraciones, pinturas, publicidades y tapas de revistas, imágenes diversas que devuelven la multiplicidad y coexistencia de los mundos infantiles. Estos registros invitan a recuperar la historia de la niñez apelando a un heterogéneo mundo documental; alientan a preguntarnos “hasta qué punto responden las imágenes de los niños a las ideas y configuraciones que la sociedad adulta hace de la infancia y en qué medida las representaciones visuales conforman nociones o modelos de la niñez”, como se señala en el capítulo dedicado a mirar la niñez desde las artes visuales. Asimismo, la reflexión sobre las fuentes utilizadas para estudiar la infancia, en su gran mayoría escrita por adultos, nos interpela a buscar el propio y singular registro promovido y construido por los niños --como se señala en el capítulo dedicado a la escuela-- y es allí donde dibujos, cuadernos escolares, cartas, diarios personales y tarjetas cobran protagonismo para seguir avanzando en el denominado “giro hacia el niño”. Es decir, la posibilidad de pensarlos como sujetos capaces de interactuar con su entorno y con las construcciones y dispositivos pensados para ellos.

En síntesis, *Infancias argentinas* es una invitación a recuperar la historicidad de la niñez, la forma en que se relacionó con los fenómenos socio-económicos y políticos de cada momento; con los conflictos y tensiones de nuestra sociedad pero también con sus aspiraciones, deseos e imaginados futuros. Se trata de un libro que nos desafía a armar y desarmar los mundos infantiles, a repensar cómo esos mundos se construyeron y resignificaron. Invitación generosa que, al desandar la preocupación histórica por la infancia, nos interpela y commueve en primera persona.

Drácula, puentes con la historia

Por Fausta Gantús

Drácula es mucho más que un Conde maléfico y perverso, de vida nocturna, que acecha entre las sombras el sueño de mujeres a las que obnubila y somete a su encanto para arrancarles la vida, succionándoles el vital líquido sanguíneo con el que alimenta y preservar su inmortalidad y su maldad. En 1897, Bram Stoker, británico, dotó a la literatura con la creación de uno de los personajes del reino de la oscuridad que mayor trascendencia, impacto y repercusión tendría sobre la imaginación de la sociedad del siguiente siglo.



Verdaderamente descollante en la novela de Stoker es haber logrado conjuntar en su obra los elementos más importantes de la discusión científica e intelectual de su época. Así, el mundo de la superstición, las leyendas, el ámbito de lo paranormal, los principios constitutivos de la sociedad –ideas, creencias y normas–, la recreación de hábitos y costumbres, la crítica a los valores imperantes, la cuestión de los papeles de género, la fe y los preceptos religiosos, los principios, teorías y progresos científicos –en especial los médicos, naturalistas, legales, psicológicos e históricos–, y los discursos racionales se entremezclan en la exposición y la reflexión sobre la que va tejiendo el argumento. Lo que Stoker plantea y consolida es la convivencia de universos aparentemente opuestos y contradictorios: la conciliación entre ciencia, religión y superstición. Lo que proponía era evitar que los prejuicios, entendidos como obstáculos epistemológicos –ideas que bloquean la percepción de la realidad– impidieran arribar al auténtico conocimiento. Según el autor, la conciliación de posturas, el recobrar y aprovechar de cada área del saber humano los que a los fines de la empresa

conviniera, esto es la conjunción de todo lo que ayude al éxito de una causa noble, es lo que permite triunfar sobre la oscuridad y continuar el avance hacia el progreso.

Su creación se constituyen en referente de su época. A pesar de estar considerada dentro del género del horror, Stoker cree en la redención de la humanidad, en la salvación y el progreso social con base en el entendimiento y la conciliación. Sugestiva es la visión de un ser que se alimenta con la sangre de los otros, lo que bien podría constituir una excelente metáfora de las desigualdades sociales. Pero, más desequilibrante resulta la naturaleza de Drácula, presentado, a partir de las ideas positivistas, como un ser inteligente en proceso de desarrollo, un ser que evoluciona y crece, mentalmente, y que pretende expandir su radio de acción e influencia, que desea proyectarse geográficamente y esta metáfora me remite a la idea de la dominación a través del imperio de la fuerza, de unos pueblos sobre otros. E igual de atractiva resulta la posibilidad de encontrar una metáfora en la figura del Conde que se traduciría en una excelente crítica a la aristocracia, o descubrir el pronóstico del autor respecto de la amenaza que el creciente poder de los Estados Unidos suponía al equilibrio mundial cuando aparentemente exalta los valores de esa nación y de sus hombres.

A través de las páginas de la obra, asistimos también a la lucha entre el bien y el mal que corre al parejo que el enfrentamiento desigual entre la fuerza y la debilidad, que responde a los estereotipos y creencias fundadas en la superioridad del sexo masculino sobre el femenino, de los adultos sobre los infantes, esto es el entendido y aceptado estado de cosas donde los poderosos dominan a los desvalidos, que encuentra también su fundamento en los conceptos científicos del momento.

Con el correr de los años la mirada supersticiosa se impuso, la exacerbación de los miedos ancestrales dominó la escena y saturó, en el siglo XX, la fantasía colectiva. Cientos de películas de todas las nacionalidades llenaron las salas de los cines y la gente abarrotó los foros, relegando casi al olvido la otra mirada, quizá la más importante que proponía Bram Stoker, la de la discusión científica e intelectual. Supongo, porque no tengo los documentos que lo prueben, que en su época, pese a su escaso éxito, debió ser motivo de enconadas discusiones que ponían el acento en los temas centrales que se exponen y debaten en la obra.

Por supuesto nadie pretende atribuir a Bram Stoker la creación del mito de ese ser maléfico, señor de la noche y de las sombras, porque es obvio que esa leyenda surge de la mentalidad popular y que ha estado presente desde tiempos remotos, en casi todos los confines del globo terráqueo y que tiene vigencia aún en nuestra época. En el reino de los vampiros Drácula, es, sin duda, el amo y maestro.

Cabe destacar que para los historiadores la obra supone un precioso ejemplo en el que se evidencia el ejercicio de la aplicación de conceptos teóricos y metodológicos, aplicados con todo rigor, al más puro estilo de la escuela rankeana, inscrita dentro de

la corriente positivista. Stoker escribe su novela estructurándola con base en supuestos documentos, especialmente diarios personales –testimonio de vida los llamaríamos nosotros–, pero también en recortes periodísticos, cartas, telegramas. Con fragmentos de historias particulares va escribiendo, o quizá sería más preciso decir reconstruyendo, la historia general. Para la creación de Drácula, recurre también al referente de personajes reales, históricos, como Vlad Tepes, príncipe de Valaquia, que por su残酷 fue llamado "el empalador" o "el diablo", en quien se estima que el autor se inspiró para definir el perfil de su personaje, y, por demás está decirlo, se vale asimismo de la leyenda, esto es, abreva en las aguas de la cultura y la imaginería popular. Drácula es así una síntesis extraordinaria del rigor científico exigido a la historia, aplicado en la elaboración de una propuesta literaria, que nos recuerda en dónde estriba la diferencia esencial entre estos parientes tan cercanos.

El autor renuncia a las fórmulas y no encontramos la acostumbrada voz única, en tercera persona, del narrador omnipresente que todo lo sabe, esto es, la estructuración como totalidad de una sola conciencia. Lo que presenciamos es una construcción dialógica, entendida esta como la interacción de diferentes voces que van construyendo el relato; voces múltiples de actores que sólo conocen la escena en la que intervienen, y que Stoker va engarzando para contarnos la historia.

La literatura sólo tiene tiempo y espacio definidos al momento de su creación pero no respecto de su proyección. Obras como Drácula pertenecen a todos los tiempos, posteriores a su aparición, y a todas las geografías. Porque Drácula es un clásico moderno. Porque Bram Stoker realmente creó un personaje inmortal que logró dominar a los hombres y apoderarse del mundo.

